

Una polémica estéril entretiene y divide al movimiento ecologista

José Manuel Naredo

Desde antiguo el movimiento ecologista ha sido tildado por sus detractores de *catastrofista*, porque denunciaba los aspectos degradantes asociados a la marcha de la civilización industrial. El enfrentamiento se producía así, en los años 70, entre *desarrollistas*, que mantenían la fe en el progreso y en las promesas tecnocientíficas, y *conservacionistas*, más agnósticos, que trataban de paliar los daños ecológicos que ocasionaba a diario el metabolismo de la sociedad industrial. La novedad estriba en que ahora este conflicto ha calado en el seno del propio movimiento, con palabras más fuertes, entre los tildados de «pesimistas» y/o *colapsistas* y los «optimistas» *grin-niudilers* porque, como veremos, se dicen defensores de un *Green New Deal*. ¿Cómo se ha podido generar y enconar tan desafortunada polémica que entretiene y divide hoy al movimiento ecologista? Creo que reflexionar sobre ello puede ayudar a recuperar la cohesión del movimiento en torno a consensos y objetivos comunes sólidos.

El conflicto tiene que ver con un panorama general que difiere sustancialmente del de hace medio siglo. Pues los poderes establecidos tendieron un puente virtual para cerrar en falso el antiguo conflicto entre *desarrollo económico* y *deterioro ecológico* enarbolando el objetivo del *desarrollo sostenible* y, además, ya no soslayan que la marcha de la civilización industrial plantea serios problemas ecológicos e incluso proponen reorientarla hacia horizontes más saludables. El problema estriba en que mantienen la ideología económica y los enfoques parcelarios que han venido siendo fuente de deterioro ecológico. Así, dejando a un lado a los *negacionistas* del cada vez más evidente deterioro ecológico que se viene registrando, la brecha se abre hoy entre quienes consideran que la transición que nos ofrecen desde los poderes establecidos va por el buen camino y quienes la critican.

Dicho esto, volvamos al aquí y ahora de la polémica arriba mencionada entre *niudilers* y *colapsistas*. Recuerdo que la primera vez que tuve noticia de la polémica fue cuando, con motivo de la presentación de mi libro *La crítica agotada* (2022, Siglo XXI) en Donostia, alguien me preguntó en el coloquio qué opinaba de un texto reciente de Emilio Santiago Muiño en el que criticaba ciertas corrientes del movimiento ecologista. Entonces respondí que, sintiéndolo mucho, no podía opinar sobre el mismo porque no lo había leído. Y no me preocupé más del asunto hasta que fui teniendo otras noticias de la polémica que, tras adquirir una violencia verbal inusitada, culminaron con la publicación del libro de Emilio Santiago titulado *Contra el mito del colapso*

ecológico (2023) y la reciente respuesta de Antonio Turiel que publicó en su blog con el título «De colapsistas y ecofascistas» (30-07-2023). Creo que los distintos perfiles profesionales y personales de ambos «Santiago desde la antropología y las ciencias sociales y más implicado en la política y Turiel desde las ciencias naturales y ajeno a la política partidista» deberían servir para una buena puesta en común sobre los temas ecológicos y no para enfrentamientos como el que estamos comentando. Pero veamos el contenido y las causas de la polémica.

Por una parte, la polémica responde a causas externas derivadas de los cambios operados en el panorama general y, por otra, a causas internas al propio movimiento ecologista. Entre las causas externas creo que no es por azar que quienes se declaran partidarios de lo que denominan *Green New Deal* hayan elegido la misma denominación que tienen (en inglés) las políticas oficiales que mueven la transición en curso. Políticas todas ellas que reutilizan la memoria exitosa del llamado *New Deal rooseweltiano*, que hizo repuntar el pulso de la coyuntura económica estadounidense tras la Gran Depresión de 1929 y la Segunda Guerra mundial, extendiendo la sociedad de consumo y generando la imagen de un atractivo *american way of life*. Así, en 2019, el partido demócrata presentó sin éxito en el Congreso de los EEUU una propuesta de *Green New Deal* que dio lugar a una nube de artículos y comentarios (entre otros, los que Turiel incluye en su blog, subrayando que contiene un compendio de buenos deseos, no exento de contradicciones, que no llega a tocar las causas de fondo que condicionan el *statu quo*). Pero también, y sobre todo, la «transición energética» que opera en nuestro país forma parte del *European Green Deal* que propone la UE con el propósito declarado de alcanzar en 2050 la neutralidad de emisiones de carbono (el «*climate neutral bloc*»). Con lo que el conflicto arriba mencionado tiene de entrada una lectura política bastante clara: por muchas matizaciones que se hagan, reproduce el conflicto que enfrenta a los críticos y los defensores de la «transición energética» en curso. Y ni que decir tiene que los defensores del *Spanish Green Deal* son mejor vistos desde los núcleos y redes de poder reinantes que los críticos. Por otra parte, cabe apuntar que el discurso del *Green New Deal* suscribe el objetivo del *desarrollo económico* (ahora adjetivado de *sostenible*) frente a las críticas que con mejor o peor fortuna se levantan desde el movimiento ecologista.

En cuanto a las causas de la polémica internas al movimiento ecologista creo que tienen que ver con distintas for-



mas de interpretar la actual encrucijada de la civilización industrial y giran sobre todo en torno al uso de dos términos: **decrecimiento** y **colapso**. En mi libro *La crítica agotada* (2022) dedico la segunda parte a los «no-conceptos» que descarrían el discurso ecologista, y entre los que figuran tanto la meta ya mencionada del **desarrollo sostenible**, como la del **decrecimiento**. Valga decir ahora que una cosa es usar el término **decrecimiento** en pleno auge consumista como título rompedor de una publicación para coger a contrapié a la dogmática del **crecimiento económico** y otra es proponerlo como bandera del movimiento ecologista cuando el propio sistema nos lo viene imponiendo desde el pinchazo de la burbuja inmobiliaria en 2008 con los famosos recortes del empleo, los salarios, los derechos... Recordemos que **decrecimiento** es un verbo sin sujeto ni predicado que rema a contracorriente de las metáforas que comunican sensaciones positivas al que, además, el enfoque económico imperante le otorga nombre propio: lo llama **depresión** y no puede resultar atractivo para la mayoría. Lamentablemente, como constato en el libro mencionado, los principales abanderados del **decrecimiento** lo han definido asumiendo ese enfoque «como una reducción equitativa de la producción y del consumo», lo que por muy equitativa que sea no resulta un objetivo ilusionante y para hacerlo digerible se le atribuyen múltiples atributos ajenos al mismo (justicia, equidad, abundancia (frugal), creatividad,...). Semejante proceder trata de reforzar el atractivo del **decrecimiento** haciéndolo, desde el punto de vista psicológico, un **término fetiche** que suplanta al todo –en este caso, al cambio socioeconómico deseado– y volcando sobre el mismo el contenido emocional asociado al todo. Con el agravante de que, como había vaticinado en *La crítica agotada* (2022), la falta de coherencia y de oportunidad política del **término fetiche** enarbolado hace que no sea asumido con generalidad y origine sectarismo y división como bien ilustra la polémica que estamos comentando¹.

Por otra parte, el hecho de que desde el movimiento ecologista haya voces que vaticinan el **colapso** de la civilización industrial dio pie a que los **grin-niudílers** los calificaran de **colapsistas**, en este caso más bien como insulto para desacreditarlos, porque en realidad no proponen el **colapso** como meta, sino como diagnóstico que esperan ayude a tomar medidas para evitarlo. Aunque en algún caso aislado se piense que «ya nada puede detener el colapso civilizatorio»² se estima ingenuamente abriría por fin la puerta al ecosocialismo. La palabra **colapso**, que presupone la muerte súbita del organismo afectado sin posibilidad de recuperación, creo que no resulta muy apropiada para designar la crisis de civilización que nos ha tocado vivir. Aunque nada hay eterno, no parece próxima la extinción de la civilización y la población humana y si ocurriera difícilmente podrían resucitar regeneradas. Las actuales tendencias al deterioro ecológico y la polarización social, más que a la **extinción**, creo que conducen a la **escisión** de la especie humana entre ciertas elites y sus allegados que se beneficiarían de los cada vez más potentes inventos para mejorar la salud, la información, la movilidad... y el disfrute de la vida y el resto de los mortales que, sin apenas tener acceso a ellos, tratarían de sobrevivir. En cualquier caso, aclarar el horizonte hacia el que apunta la actual crisis de civilización a las distintas escalas debería de ser objeto de una discusión razonada para alcanzar un consenso firme en lo fundamental que evite perderse en discusiones bizantinas sobre si son galgos o son podencos, si al deterioro en curso lo llamamos regresión, crisis, bancarota... y/o colapso. Pero más que aclarar ese horizonte o enarbolarlo como bandera el **decrecimiento** o el **colapso** interesa sobre todo apuntar directamente el principal y verdadero objetivo del movimiento ecologista: la emergencia de un nuevo conglomerado de enfoques, valores e instituciones capaz de **reorientar la actual crisis de civilización hacia horizontes ecológicos y sociales más prometedores**. En lo que sigue me atrevo a apuntar ciertas evidencias que van en este sentido y que deberían de suscitar ese consenso, tanto en la crítica de la «transición energética» actual, como en las propuestas para reorientarla hacia horizontes ecológicos y sociales más saludables. ▼

¹ Para que tenga sentido el objetivo del decrecimiento, éste se ha de referir a alguna variable cuantitativa distinta de la producción. El término así lo exige, pues tanto el crecimiento como el decrecimiento han de referirse a algo que cuyo aumento o disminución pueda constatarse y que resulte tan altamente significativo y deseable que pueda movilizar a la población. En el libro *La crítica agotada* (2022) presento una propuesta más precisa, atractiva e inclusiva del decrecimiento.

² <https://www.desdeabajo.info/articulos-de-la-semana/item/ecosocialismo-versus-colapsismo.html>

Valga lo siguiente como ejemplo de evidencias que deberían de suscitar el consenso del movimiento ecologista en la crítica de la «transición energética» actual y en las propuestas para reorientarla hacia horizontes ecológicos y sociales más saludables.

A mi juicio, el principal problema a consensuar estriba en que el modelo de «transición energética» en curso no resuelve, sino que agrava notablemente, «el paso tecnológico en falso» de la civilización industrial que denunció Barry Commoner hace medio siglo: el de una civilización que se construía sobre extracción y el deterioro de stocks no renovables de la corteza terrestre, cuando nuestro planeta es un sistema cerrado en materiales (salvo la aportación afortunadamente rara de los meteoritos) con lo que, con el gran peso que tiene la especie humana, la regresión a largo plazo del sistema está servida de antemano por escasez de recursos y exceso de residuos. En efecto, la revolución industrial empezó utilizando stocks de minerales abundantes y bien distribuidos, como el hierro y el carbón, para fabricar máquinas con las que extraer y utilizar más hierro y más carbón. El problema es que la civilización industrial pasó a apoyarse en minerales y combustibles más escasos y peor distribuidos (como el petróleo, el gas natural y el uranio) para finalmente, en aras de la «transición energética» y las «nuevas tecnologías» extraer y utilizar todos los elementos de la Tabla Periódica, por muy raros y escasos que sean. De esta manera, desde el objetivo propuesto por los autores franceses del siglo XVIII, hoy llamados fisiócratas, de «obtener riquezas renacientes sin menoscabo de los bienes fondo», el potente extractivismo que ha desatado la presente reconversión apunta a captar más energía renovable *con gran menoscabo de los bienes fondo*, agravando «el paso tecnológico en falso» denunciado por Commoner, que se encuentra en la base de los deterioros ecológicos que se vienen produciendo desde entonces. Todo ello impulsado por unas reglas del juego económico que «al valorar las cosas por el mero coste de obtención, ignorando el coste de reposición» siguen promoviendo el extractivismo y la obsolescencia prematura frente a la conservación, la recuperación y el reciclaje y divorciando el metabolismo de la sociedad industrial del de la biosfera, que permitió enriquecer la vida en la Tierra.

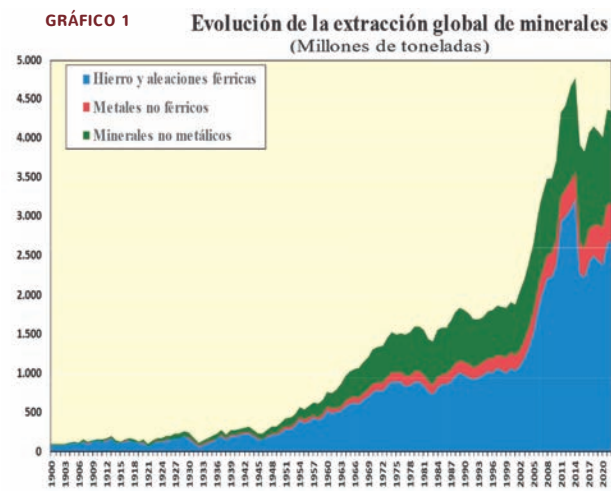
El gráfico 1 adjunto evidencia la *gran aceleración* del tonelaje de minerales extraídos de la corteza terrestre que se observa en los últimos años. Entre 2000 y 2022 la extracción de minerales metálicos se ha multiplicado por 2,5 y la de minerales no metálicos por 1,8. Y el gráfico 2 muestra que este espectacular aumento no ha servido para reducir a escala planetaria la extracción y el uso de combustibles fósiles, ni las consiguientes emisiones de CO₂, que se han movido siguiendo el pulso de la coyuntura económica. En el período 2000-2022 la extracción de petróleo

Diagnósticos y propuestas

José Manuel Naredo

se multiplicó por 1,2, la de gas natural por 1,5 y la de carbón fue la que más creció, multiplicándose por 1,8. Vemos, pues, que las nuevas demandas de minerales asociadas a la «transición energética» y al uso de «nuevas tecnologías» han compensado con creces los baches ocasionados por los años de crisis, impulsando un nuevo extractivismo que causa cada vez más daños ecológicos, por las razones que apuntó a continuación. Todo ello sin que, hasta el momento, disminuya la extracción de combustibles fósiles –en parte espoleada por el creciente consumo energético de la propia actividad minera– pese al akelarre de cumbres y acuerdos ceremoniales que dicen “luchar contra el cambio climático” y promover la «descarbonización».

El mayor daño ecológico asociado al neextractivismo reinante viene dado, en primer lugar, porque a diferencia del petróleo y el gas natural, los otros minerales no salen ni se bombean con facilidad, sino que hay que extraerlos, moviendo gran cantidad de «estériles», concentrarlos y lavarlos inyectando para ello cantidades ingentes de energía, agua y materiales con procesos que suelen generar contaminación. También la minería ha cambiado radicalmente pasando de ser una actividad intensiva en mano de obra que explotaba «filones» con alta ley de contenido, a otra muy mecanizada y exigente en energía, que trabaja a cielo abierto moviendo y procesando gran cantidad de materiales, frente al uso tradicional de galerías. Todo lo anterior está relacionado con que el coste físico de obtención de las sustancias deseadas aumenta exponencialmente a medida que disminuyen las leyes de contenido de los yacimientos en explotación, ya que la actividad minera trabaja, como cualquier recolector, cogiendo primero los frutos más maduros y accesibles. Además, el Segundo Principio de la Termodinámica establece límites claros a la deseable reducción de los costes de extracción, concentración y refinado que conlleva la obtención de las sustancias deseadas: si bien el avance tecnológico puede abaratar estos costes, está claro que nunca podrán situarse por debajo del mínimo termodinámico requerido que crece exponencialmente cuando disminuyen las leyes de contenido de los yacimientos aproximándose a las concentraciones muy escasas de la roca madre. Pues la energía mínima requerida para obtener una sustancia de una mezcla tiende a infinito a medida que se multiplican y diluyen las sustancias que la



Elaboración propia a partir de los datos del US Geological Survey

básicas a consensuar

componen. Así, no es tanto la escasez geológica en cantidad de las sustancias que contiene la corteza terrestre, como su escasez en calidad y accesibilidad lo que reclama un «esfuerzo» y un «impacto ambiental» creciente para obtenerlas que no cabe ignorar. Y esta es una realidad cuya evidencia se sitúa por encima del talante más o menos *optimista* o *pesimista* de las personas.

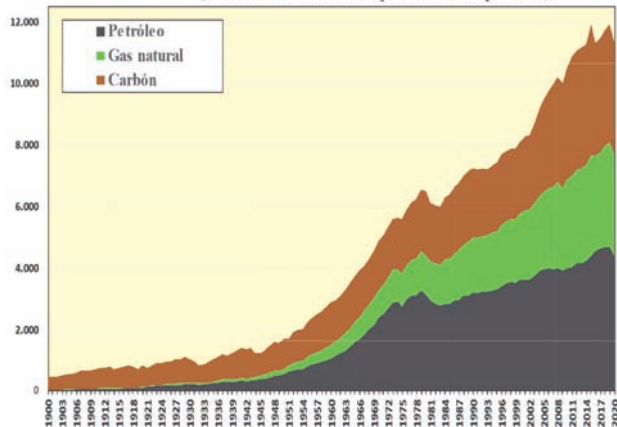
Lo anterior confirma que, como apuntamos inicialmente, la transición energética en curso no frena, ni menos aún evita, sino que agrava, la espiral de deterioro sobre la que se ha venido asentando la civilización industrial que, como vimos, identificó Commoner hace medio siglo. Esta es la evidencia que debería de asumir y criticar en bloque el movimiento ecologista, denunciando las políticas de imagen verde asociadas a «El nuevo desarrollismo ecológico» que denunció tempranamente Antonio Estevan (en un artículo con ese mismo título publicado en el monográfico de *Archipiélago* «Entre las ruinas de la economía», nº 33, 1998) y que se sigue promoviendo y bautizando de diversas maneras verdes, sostenibles, etc. desde los núcleos y redes de poder asociados a la actual tiranía corporativa.

Reflexionando sobre cómo reconducir la situación hemos de recordar que el funcionamiento milenario de la biosfera ofrece un ejemplo modélico de sistema que se comporta de modo globalmente sostenible. Habida cuenta que los organismos, en general, y la especie humana, en particular, necesitan degradar energía y materiales para mantenerse en vida, la manera de evitar que ello redunde en un deterioro entrópico de la Tierra, pasa por apoyar esa degradación sobre el único flujo renovable que se recibe del exterior (el procedente del Sol y sus derivados) manteniendo un reciclaje completo de los materiales utilizados, siendo el fenómeno de la fotosíntesis el



que ha posibilitado este comportamiento. La cuestión está en que la especie humana siga el modelo de la biosfera y sepa aprovechar la energía solar y sus derivados renovables para cerrar los ciclos de materiales posibilitando que los residuos de éstos se conviertan en recursos, evitando el progresivo deterioro de la Tierra que actualmente se opera tanto por dispersión de recursos, como por contaminación de residuos con consecuencias muy diversas (pérdida de geodiversidad, de topo diversidad, de diversidad biológica con extinción de especies y ecosistemas, deterioro de suelos, aguas y atmósfera que reducen el gradiente de temperaturas y ocasionan trastornos climáticos...). Los criterios usuales de valoración han contribuido a divorciar el modelo de gestión de la civilización industrial de aquel que caracteriza a la biosfera: los precios recogen solo parcialmente los **costes de extracción, concentración y refino** de los recursos minerales y no los **costes de reposición** de esas rarezas de la corteza terrestre que son los yacimientos en explotación. Con lo cual se ha promovido sistemáticamente la extracción frente a la conservación y el reciclaje. Así, para propiciar la reconversión hacia el modelo biosfera apoyando el metabolismo de nuestra sociedad sobre materiales abundantes, reciclables y fácilmente obtenibles, evitando el uso de aquellos otros mucho más raros o dispersos y físicamente costosos de obtener, habría que preocuparse más de la **suficiencia** que de la **eficiencia** (la eficiencia energética de la fotosíntesis es bajísima y sin embargo permitió enriquecer la vida en la Tierra) y para ello habrá que hacer bien las cuentas y calibrar los instrumentos económicos contando con una **taxonomía** de ese **stock** a gestionar, apoyada en información física solvente que permita clasificar y jerarquizar las sustancias que contiene atendiendo a los **costes (virtuales) de reposición** de los yacimientos disponibles y a los **costes (efectivos) de extracción, concentración y refino**. Siendo el **coste físico total** (virtual y efectivo) de las sustancias el que habría que considerar para reorientar la gestión desde el desatado extractivismo actual, hacia una economía más circular y sostenible que se vaya acercando al modelo ilustrado por la biosfera... y desde la actual «transición energética» hacia una reconversión integral del metabolismo de la civilización industrial. ▼

GRÁFICO 2 Evolución de la extracción global de combustibles fósiles (Millones de toneladas equivalentes de petróleo)



accesibles en: <https://minerals.usgs.gov/minerals/pubs/historical-statistics/>